

1. FIN

*«Todo adiós debe ser breve,
sobre todo cuando es para siempre.»*

LORD BYRON

Cuando Sam abrió la verja de casa de su abuelo, tuvo la sensación de que algo había cambiado. Aquel jardín agreste y desordenado era parte de su hogar, ya que sus padres trabajaban en una ciudad al otro lado del océano.

Acababa de cumplir los once años. Pasaba el día en la escuela de una población cercana y cada atardecer se reunía con su único familiar. Tras preparar la cena juntos, charlaban junto al fuego durante horas hasta que al anciano se le cerraban los ojos. Entonces el chico lo cubría con una manta y subía a su cuarto.

Aunque echaba de menos a sus padres, Sam era feliz con aquella vida sencilla y rutinaria. Por eso mismo se sintió inquieto cuando, al cerrar la verja tras él, se dio cuenta de que una extraña calma se había instalado en el jardín. No se oía ni un grillo, ni una cigarra. Ni siquiera Golden, el gato rubio y rechoncho de su abuelo, había salido a recibirle.

Silencio.

Levantó la cabeza hacia la luna llena, que flotaba vaporosa en el crepúsculo, como si ella fuera responsable de que todo hubiera enmudecido. Luego abrió la puerta de casa y llamó a su abuelo.

No obtuvo respuesta.

Muy preocupado, Sam atravesó el salón y vio que el fuego estaba encendido. Cada tarde encontraba a su tutor sentado frente a la lumbre, absorbido por la lectura de algún grueso volumen de su biblioteca. Esta vez, sin embargo, el sillón estaba vacío.

Tampoco el gato, inseparable compañero del anciano, se encontraba allí.

□¿Golden? □le llamó□ ¿Dónde estáis?

Sam se asomó a la escalera de piedra que llevaba a la planta superior, donde estaban las habitaciones. Un maullido quejumbroso procedente de la cocina hizo que devolviera la mirada al salón.

Cruzó la cortina que separaba la estancia principal de la cocina de leña, que además servía de despensa.

El gato volvió maullar con un tono aún más urgente al verlo entrar.

□¿Pero dónde...?

Antes de que pudiera terminar la pregunta, Sam bajó la mirada y se quedó helado.

El anciano yacía en el suelo con los ojos muy abiertos y una leve sonrisa en el rostro. Murmuró algo confuso al ver que el chico se agachaba, muy asustado, y le agarraba la mano con fuerza.

□¡Abuelo!

Sam pasó el brazo por la cintura del viejo para ayudarlo a incorporarse. Alarmado, pensó que se había caído y no tenía fuerzas para ponerse en pie por sí mismo.

□Déjame aquí □pidió el anciano□. No necesito ir a ningún sitio. Sólo quiero que estés muy atento.

Tuvo que luchar para que las lágrimas no desbordaran sus ojos, mientras el hombre que yacía le preguntaba con voz débil:

□¿Puedes hacer algo por mí?

□¡Claro! □dijo temblando□ Todo lo que quieras, abuelo.

□Sobre la mesa... Lo he escrito en un papel porque sabía que se acercaba el fin.

Tras pronunciar esta última palabra, sus ojos se cerraron. Una expresión serena, como si el anciano vislumbrara un paraíso lejano, se apoderó de su rostro.

2. LA CARTA

*«Hay que tener sabiduría
para entender la sabiduría:
la música no significa nada
para un público sordo.»*

WALTER LIPPMAN

Querido Sam,

Siento que me encuentro ante mi última hora, y por eso quiero dejar sobre el papel estas últimas palabras como herencia y despedida.

Desconozco cuándo o dónde volveremos a vernos, sólo sé que hay algo en este mundo que he dejado por hacer y que ahora está en tus manos. Mejor dicho, en tus pies, puesto que la misión que voy a encomendarte exigirá que camines lejos, más lejos de lo que ningún muchacho de la ciudad haya llegado jamás.

Desde que vives conmigo te he contado muchas historias del Bosque Prohibido, este lugar salvaje y misterioso que en mi juventud exploré hasta donde mis fuerzas me permitieron. Ya nadie se aventura por allí.

Te he hablado de hondos precipicios y de acantilados de hielo junto a los que crecen flores nunca vistas, así como de árboles tan gigantescos que su sombra se escapa más allá del horizonte.

Pero mis expediciones no buscaban selvas vírgenes ni paisajes imposibles, sino un ser sabio e inmortal que habita en la espesura y que nadie ha visto jamás, aunque todas las leyendas hablan de él.

Los libros más arcanos lo denominan el Maestro del Bosque, alguien capaz de fundirse con las rocas y las hojas de los árboles, de fluir con el río o de dispersarse con las nubes para hacerse invisible. Pero ese no es el más maravilloso de sus dones.

El Maestro conoce todas las respuestas y su sola presencia te inunda de más sabiduría de la que cabe en mil cabezas.

Yo dediqué gran parte de mi juventud a buscarle, pero el Maestro me esquivó. O quizás fue mi propio miedo que me mantuvo alejado de su fantasmal presencia, puesto que los mismos libros que alaban su sabiduría advierten que el Maestro del Bosque fulmina con su mirada a los incautos que se acercan a él sin estar preparados.

Puesto que tus padres se hallan a miles de leguas de aquí y yo estoy a punto de partir, te pido que busques al Maestro. Si eres valiente y estás dispuesto a superar los peligros que encontrarás en el camino, él sabrá premiarte con las enseñanzas que necesitas para una vida plena y dichosa.

Siempre he pensado que te espera un destino más alto que ver pasar las estaciones en un cabaña junto a un gato perezoso. Por eso, Sam, te pido que, cuando te sientas preparado, dejes el mundo conocido y entres en el bosque a buscar al Maestro.

No te preocupes por Golden. Sabrá cuidar de sí mismo.

Si ves una estrella que brilla al atardecer, piensa que tu abuelo ha encendido un faro para guiarte hacia tu destino.